

LAS NIEBLAS DE AVALÓN



MARION ZIMMER BRADLEY

Las nieblas de Avalón es no sólo uno de los éxitos editoriales más formidables de los últimos años —con millones de ejemplares vendidos en todo el mundo— sino también una de las versiones más hermosas que se han publicado de la leyenda del rey Arturo. Aunque mucho se ha escrito sobre aquella época mágica y misteriosa, Marion Zimmer Bradley lo hace por primera vez desde la perspectiva de los personajes femeninos, por medio de la mirada y las vidas de las mujeres que hicieron posible el mito gracias a la lucha y el sacrificio personal.

La antigua tradición celta se enfrenta a la llegada del cristianismo en Avalón, un lugar envuelto por la niebla donde Viviana, sacerdotisa y Dama del Lago, tiene como misión encontrar un rey que pueda ser fiel tanto a los ritos ancestrales de Avalón como a las nuevas costumbres de los invasores cristianos. Con la ayuda de Merlín, Viviana hará realidad la voluntad de las divinidades celtas cuando su hermana dé a luz al rey Arturo, aunque no sin obstáculos, pues Arturo deberá doblegar primero a su propia hermana, Morgana, mujer de carácter fuerte y decidido que no dudará en manipular de forma implacable a los demás protagonistas de esta historia.

Además de una lectura obligada para los amantes de las antiguas leyendas celtas y sajonas, *Las nieblas de Avalón* es una gran epopeya en la que los sentimientos —desde el valor, la lealtad y el coraje hasta el amor, el placer y la traición— desempeñan un papel determinante.

«... el Hada Morgana no se casó, sino que fundó una escuela en un convento y fue una gran maestra de magia».

THOMAS MALORY, *Morte d'Arthur*

Prólogo

HABLA MORGANA...

En mi vida me han llamado de muchas maneras: hermana, amante, sacerdotisa, hechicera, reina. Ahora, ciertamente, soy hechicera, y acaso haya llegado el momento de que estas cosas se conozcan. Pero, a decir verdad, creo que serán los cristianos quienes digan la última palabra, pues el mundo de las hadas se aleja sin pausa del mundo en el que impera Cristo. No tengo nada contra Él, sino contra sus sacerdotes, que ven un demonio en la Gran Diosa y niegan que alguna vez tuviera poder en este mundo. A lo sumo, dicen que su poder procede de Satanás. O bien la visten con la túnica azul de la señora de Nazaret (que también, a su modo, tenía poder) y dicen que siempre fue virgen. Pero ¿qué puede saber una virgen de los pesares y tribulaciones de la humanidad?

Y ahora que el mundo ha cambiado, ahora que Arturo (mi hermano, mi amante, el rey que fue y el rey que será) yace muerto (dormido, dice la gente) en la sagrada isla de Avalón, es necesario contar la historia tal como era antes de que llegaran los sacerdotes del Cristo Blanco y lo ocultaran todo con sus santos y sus leyendas.

Pues, como digo, el mundo ha cambiado. Hubo un tiempo en que un viajero, si tenía voluntad y conocía algu-

nos secretos, podía adentrarse con su barca por el mar del Estío y llegar, no al Glastonbury de los monjes, sino a la sagrada isla de Avalón, pues en aquellos tiempos las puertas entre los mundos se difuminaban entre las brumas y estaban abiertas, según el viajero pensara y deseara. Y éste es el gran secreto, que era conocido por todos los hombres instruidos de nuestros días: el pensamiento del hombre crea un mundo nuevo a su alrededor, día a día.

Y ahora los sacerdotes, pensando que esto atenta contra el poder de su Dios, que creó el mundo inmutable de una vez para siempre, han cerrado esas puertas (que nunca fueron tales, salvo en la mente de los hombres), y los senderos llevan sólo a la isla de los Sacerdotes, que ellos salvaguardan con el tañido de las campanas de sus iglesias, ahuyentando toda idea de que otro mundo se extienda en la oscuridad. E incluso dicen que ese mundo, si en verdad existe, es propiedad de Satanás y la entrada del Infierno, si no el Infierno mismo.

No sé qué puede o no puede haber creado su Dios. Pese a las leyendas que se cuentan, nunca supe mucho de sus sacerdotes ni vestí el negro de sus monjas esclavizadas. Si los cortesanos de Arturo, en Camelot, quisieron verme de ese modo (puesto que siempre usé la túnica oscura de la Gran Madre en su función de hechicera), no los saqué de su error. En verdad, hacia el final del reinado de Arturo, hacerlo habría sido peligroso, y yo inclinaba la cabeza ante la conveniencia, algo que no habría hecho nunca mi gran maestra: Viviana, la Dama del Lago, en otros tiempos la mejor amiga de Arturo, exceptuándome a mí, y más tarde su más tenebrosa enemiga... también exceptuándome a mí.

Pero la lucha ha terminado; cuando Arturo agonizaba pude tratarlo, no como a mi enemigo y el de mi Diosa, sino como a mi hermano, como a un moribundo que necesitaba el socorro de la Madre, a la que todos los hombres acaban por acudir. También los sacerdotes lo saben, pues su siem-

pre virgen, María, vestida de azul, se convierte a la hora de la muerte en la Madre del mundo.

Así, Arturo yacía por fin con la cabeza en mi regazo, sin ver en mí a la hermana, a la amante o a la enemiga, sino sólo a la hechicera, la sacerdotisa, la Dama del Lago. Y así descansaba en el seno de la Gran Madre, del que salió al nacer y al que tenía que volver al final, como todos los hombres. Y mientras yo conducía la barca que lo llevaba, no ya a la isla de los Sacerdotes, sino a la verdadera isla Sagrada que está en el mundo de las tinieblas, más allá del nuestro, tal vez se arrepintió de la enemistad que se había interpuesto entre nosotros.

En esta narración hablaré de sucesos acontecidos cuando yo era demasiado niña para comprenderlos, y de otros que sucedieron cuando yo no estaba presente. Y tal vez mi oyente se distraerá pensando: «He aquí su magia». Pero siempre he tenido el don de la videncia y el de ver dentro de la mente humana, y en todo este tiempo he estado cerca de hombres y mujeres. Por eso a veces sabía, de un modo u otro, todo lo que pensaban. Y así contaré esta leyenda.

Pues un día los sacerdotes también la contarán, tal como la conocieron. Quizás, entre una y otra versión, se pueda ver algún destello de la verdad.

Porque esto es lo que los sacerdotes no saben, con su único Dios y su única Verdad: que no hay leyenda veraz. La verdad tiene muchos rostros. Es como el antiguo camino hacia Avalón: de la voluntad de cada cual y de sus pensamientos depende el rumbo que tome y que al final se encuentre en la sagrada isla de la Eternidad o entre los sacerdotes, con sus campanas, su muerte, su Satanás, el infierno y la condenación... Pero tal vez soy injusta con ellos. Incluso la Dama del Lago, que detestaba las vestiduras sacerdotales tanto como a las serpientes venenosas (y con sobra-

dos motivos), me censuró cierta vez por hablar mal de su Dios.

«Porque todos los dioses son un solo Dios —me dijo, como había dicho muchas otras veces, como yo he repetido a mis novicias, como lo dirán todas las sacerdotisas que me sucedan—, y todas las diosas son una sola Diosa, y sólo hay un Iniciador. A cada hombre su verdad y el Dios que hay en su interior».

Así, tal vez, la verdad flote entre el camino de Glastonbury, isla de los Sacerdotes, y el camino de Avalón, para siempre perdido en las brumas del mar del Estío.

Pero ésta es mi verdad; yo, Morgana, os la cuento. Morgana, la que en épocas más actuales se llamó Hada Morgana.

LIBRO I

Maestra de magia

1



INCLUSO en pleno verano, Tintagel era un lugar espectral; Igraine, esposa del duque Gorlois, contemplaba el mar desde el promontorio. Con la mirada clavada en la niebla y en la bruma, se preguntó cómo podría saber en qué momento la noche y el día duraban lo mismo, para poder celebrar la fiesta del Año Nuevo. Aquel año las tormentas de primavera habían sido inusualmente violentas; en el castillo, el estruendo del mar resonaba noche y día, sin dejar dormir ni a hombres ni a mujeres; hasta los perros aullaban lúgubrementemente.

Tintagel... había quienes aún creían que el castillo había sido edificado, en los riscos del largo arrecife que penetraba en el mar, por la magia del antiguo pueblo de los Ys. El duque Gorlois respondía, riendo, que si él hubiera tenido algo de esa magia la habría usado para impedir que el mar fuera invadiendo la costa año tras año. En los cuatro años transcurridos desde que llegara allí como esposa de Gorlois, Igraine había visto desmoronarse la buena tierra en el mar de Cornualles. Largos brazos de roca negra se adentraban en el océano desde la costa. Cuando brillaba el sol, el cielo y el agua resplandecían como las joyas con las que Gorlois la colmó el día en que supo que le iba a dar su primer hijo. Pero a Igraine no le gustaba lucirlas. La joya que

pendía de su cuello le fue entregada en Avalón: una piedra lunar que reflejaba el fulgor azul del cielo y del mar; pero aquel día brumoso, incluso la piedra parecía ensombrecida.

En la niebla, los sonidos atraviesan largas distancias. Igraine, mientras miraba el mar, tuvo la sensación de estar oyendo pisadas de caballos y mulas, sonido de voces. Voces humanas allí, en la aislada Tintagel.

Igraine se dio lentamente la vuelta para volver al castillo. Allí, en el último rincón del mundo, donde el mar devoraba interminablemente la tierra, era fácil creer en extensiones anegadas hacia el oeste. También se contaba que había estallado una gran montaña de fuego, muy al sur, devorando una gran extensión de tierra. Igraine nunca supo si creerlo o no.

Sí, indudablemente, oía voces en la niebla. No podían ser invasores llegados del mar o de las costas salvajes de Erin. Estaba lejos el tiempo en que se sobresaltaba ante una sombra o ante cualquier sonido extraño. El duque no era su marido: éste se encontraba lejos, en el norte, combatiendo contra los sajones al lado de Ambrosio Aureliano, gran rey de Britania. Si hubiera tenido la intención de volver, le habría mandado aviso.

Y no tenía nada que temer. De tratarse de jinetes hostiles, los guardias y los soldados de la fortaleza dejados por el duque para proteger a su esposa y a su hija, les hubieran detenido. Sólo un ejército habría podido pasar. ¿Y quién podía enviar un ejército contra Tintagel?

En otros tiempos, recordaba Igraine sin amargura mientras entraba lentamente en el patio, habría adivinado quién cabalgaba hacia su castillo. Pensarlo ya no la ponía triste. Desde el nacimiento de Morgana ya no lloraba por su hogar. Y Gorlois era bondadoso con ella. Había calmado el miedo y el odio que sintió al principio con joyas y hermosos objetos, trofeos de guerra; la rodeaba de damas para que la atendieran y la trataba siempre de igual a igual, salvo en los consejos de guerra. No se podía pedir más, a menos

que se hubiera casado con un hombre de las Tribus. Y no había tenido elección. Una hija de la isla Sagrada tenía que hacer lo que fuera mejor para su pueblo: ya fuera entregar la vida en el sacrificio, ya renunciar a su virginidad en el sagrado matrimonio, ya casarse convenientemente para cimentar alianzas. Y esto era lo que había hecho Igraine al desposarse con el romanizado duque de Cornualles, que vivía a la usanza romana aunque ya no quedaran romanos en toda Britania.

Se quitó el manto de los hombros. Hacía calor en el patio, que la protegía del fuerte viento. Y allí, una figura se irguió ante ella, materializándose entre la niebla y la llovizna: su media hermana Viviana, la Dama del Lago, la Dama de la isla Sagrada.

—¡Hermana! —susurró, poniéndose las manos en el pecho—. ¿Estás aquí de verdad?

La expresión era de reproche. Las palabras parecieron perderse en el viento, más allá de las murallas.

«¿Has renunciado a la Videncia, Igraine? ¿Por voluntad propia?».

Ofendida por la injusticia, la joven replicó:

—Fuiste tú quien decretó que me casara con Gorlois...

Pero la silueta de su hermana se había fundido con las sombras. Nunca había estado allí. Igraine parpadeó: la breve aparición se había esfumado. Y luego se estremeció, sabiendo que el padre Columba consideraría aquello una obra del demonio cuando se confesara. Aunque allí, en el fin del mundo, los sacerdotes eran permisivos, una visión sería tratada como algo impuro.

Frunció el entrecejo. ¿Por qué pensar que una visita de su hermana era obra del diablo? El padre Columba podía decir lo que quisiera; tal vez su Dios fuera más sabio que él. Igraine pensó, con una sonrisa, que eso no era muy difícil. Quizás el padre se había hecho sacerdote de Cristo porque ninguna escuela de druidas habría aceptado entre sus filas a un hombre tan estúpido. Al parecer, al Dios cristiano no le

preocupaba que un cura fuera estúpido siempre que pudiera farfullar su misa y leer y escribir un poco. Incluso ella, que no había tenido la voluntad de estudiar los misterios de la antigua religión, podía pasar por una señora instruida entre aquellos bárbaros romanizados.

En un cuarto que daba al patio, donde en los días despejados entraba el sol, estaba Morgause, su hermana menor, una joven de trece años, vestida con una burda túnica de lana sin teñir y una vieja capa sobre los hombros; hilaba con aire ausente, girando el huso para recoger la hebra de la rueca. En el suelo, junto al fuego, Morgana jugaba con un viejo huso, observando los erráticos movimientos que hacía al girar.

—¿Ya puedo dejar de hilar? —se quejó Morgause—. ¡Me duelen los dedos! ¿Por qué tengo que pasarme la vida hilando como si fuera una dama de compañía?

—Toda señora tiene que aprender a hilar —la regañó Igraine, como sabía que era su obligación—. Y tu hebra es una vergüenza: aquí fina, aquí gruesa... Cuando te habitúes a la labor te fatigarás menos. Los dedos doloridos indican que has sido perezosa, pues no se han encallecido con el trabajo.

Cogió el huso y la rueca y los utilizó con desenvoltura; bajo sus dedos experimentados, el hilo adquirió un grosor perfecto. Y de pronto se cansó de comportarse como correspondía.

—Bueno, ya puedes dejar la rueca; tendremos visita a primera hora de la tarde.

Morgause la miró fijamente.

—No he oído nada —comentó—. Ni siquiera a un jinete con un mensaje.

—No me sorprende, porque no lo ha habido —respondió Igraine—. Fue una visión. Viviana viene hacia aquí, acompañada por Merlín. —Supo esto sólo después de decirlo—. Lleva a Morgana con su niñera y ponte el vestido de fiesta, el teñido con azafrán.

La joven guardó prestamente el huso, pero se detuvo para mirarla fijamente.

—¿El vestido color azafrán? ¿Para recibir a mi hermana?

—A tu hermana no —corrigió Igraine—. A la Dama de la isla Sagrada y al Mensajero de los dioses.

Morgause bajó la mirada. Era una muchacha alta y fuerte que empezaba a desarrollarse y hacerse mujer. Tenía una espesa cabellera roja, como la de Igraine, y la cara llena de pecas. A los trece años ya era tan alta como su hermana. Recogió de mal grado a la niña y se la llevó, mientras su hermana ordenaba:

—Que la niñera le ponga un vestido de fiesta. Luego tráela para que Viviana la conozca.

Arriba, en su dormitorio, hacía frío; allí sólo se encendía el fuego en lo más crudo del invierno. Cuando Gorlois estaba ausente, Igraine compartía la cama con Morgana y con Gwennis, su doncella. A veces también Morgause dormía allí, bajo las pieles del cobertor. En el gran lecho matrimonial, con dosel y cortinas para protegerse de las corrientes de aire, había espacio suficiente para tres mujeres y una criatura.

La anciana Gwen dormitaba en un rincón. Igraine, sin despertarla, se quitó el vestido de lana sin teñir y se puso el de gala, adornado con una cinta de seda que Gorlois le había llevado de Londínium. Se puso unos anillos de plata, que tenía desde que era niña y que ahora sólo le entraban en los meñiques, y un collar de ámbar, regalo de Gorlois. Luego se trenzó el pelo, lo sujetó con un pasador dorado y prendió un broche de oro auténtico en un pliegue de su manto. Se estudió en el viejo espejo de bronce, regalo de boda de Viviana. Hacía ya un año que había destetado a Morgana y sus pechos habían vuelto a ser los de antes, quizá algo más suaves y henchidos, y había recuperado su antigua esbeltez.

Gorlois, a su regreso, querría volver a yacer con ella. Cediendo a sus súplicas, le había permitido continuar ama-

mantando a la niña durante el verano, la estación en que morían tantos niños. Igraine sabía que estaba descontento por no haber tenido el varón que deseaba; los romanos cuentan su linaje por la rama masculina, lo cual era absurdo: ¿cómo se puede saber con exactitud quién había engendrado al hijo de una mujer? Claro que los romanos daban mucha importancia a saber quién se acostaba con sus mujeres; las tenían encerradas y bajo vigilancia.

Desde luego, Igraine no lo necesitaba: un solo hombre ya era suficientemente malo; ¿quién podía querer a otros, que quizá fueran peores?

Pero Gorlois, pese a sus deseos de tener un hijo varón, había sido indulgente: le permitió amamantar a Morgana y evitó su cama para que no perdiera la leche con otro embarazo. Por la noche se acostaba con Ettarr, su doncella de cámara. Ésta, embarazada a consecuencia de las visitas, había dado en pavonearse. ¿Sería ella la que diera un varón al duque de Cornualles? Igraine no le prestó atención, pues Gorlois ya tenía otros hijos bastardos. Pero cuando la muchacha cayó enferma y abortó, tuvo la prudencia de no preguntar a Gwen por qué estaba tan complacida. La anciana sabía mucho de hierbas. Igraine resolvió que algún día le haría decir qué había puesto exactamente en la cerveza de Ettarr.

Morgause la esperaba en la cocina, con su mejor vestido. Morgana, vestida de apagado color azafrán, parecía tan oscura como un picto. Era pequeña, morena y delicada, de huesos tan menudos como los de un pajarillo. ¿De quién lo habría heredado? Igraine y Morgause eran altas y pelirrojas, como todas las mujeres de las Tribus; Gorlois, aunque moreno, tenía la estatura y la delgadez aquilina de los romanos. Y también su dignidad, que le impedía manifestar algo más que indiferencia por su hija.

Mientras daba órdenes para que asaran carne y subieran vino de la bodega, oyó el cacareo asustado de las gallinas en el patio. Los jinetes habían cruzado a través del pa-

so. Los criados estaban atemorizados, pero la mayoría se resignaba a la Videncia del ama. Ella la había fingido, empleando algunas triquiñuelas, para conservar aquel respeto. En aquel momento pensó: «Tal vez siempre la tuve. Tal vez sólo creí perderla porque me encontré débil y falta de energía durante el embarazo. Ahora he vuelto a ser la de siempre. Mi madre fue una gran sacerdotisa hasta el día de su muerte, a pesar de tener varios hijos». Claro que su madre tuvo a sus hijos en libertad, como corresponde a una mujer de las Tribus, y de los padres que ella escogió, no como esclava de un romano cuyas costumbres le daban poder sobre mujeres e hijos.

Bajó lentamente al patio, donde los jinetes ya estaban desmontando. Su mirada se dirigió de inmediato a la única mujer: era menuda y ya había dejado atrás la juventud; vestía una túnica de hombre y calzas de lana, y estaba envuelta en capas y chales. Aunque cruzaron una mirada cordial a través del patio, Igraine fue a inclinarse ante el anciano alto y delgado que desmontaba de una mula huesuda. Llevaba las vestiduras azules de los bardos y una lira colgada del hombro.

—Os doy la bienvenida a Tintagel, señor Mensajero; vuestra presencia honra nuestro hogar.

—Gracias, Igraine —dijo con voz resonante, y Taliesin, Merlín de Britania, druida y bardo, unió las manos ante su rostro para luego extenderlas hacia ella en un gesto de bendición.

Una vez cumplido su deber, Igraine corrió hacia su media hermana. Iba a inclinarse también ante ella, pero Viviana se lo impidió.

—No, no, criatura. Ésta es una visita familiar. Ya tendrás tiempo para rendirme honores, si quieres. —Estrechando a su hermana, le dio un beso en la boca—. ¿Ésta es la pequeña? Ya veo que tiene la sangre del pueblo antiguo. Se parece a nuestra madre, Igraine.